



Durante todo el mes de mayo nos preparamos para celebrar juntos el Congreso Eucarístico Arquidiocesano 2017. En este marco ofrecemos los textos litúrgicos y esquemas para la homilía de las celebraciones de cada domingo de este mes para ayudarnos a reflexionar sobre el Misterio Eucarístico.

Aquí compartimos el correspondiente al domingo 14 de mayo, V de Pascua. Animamos a todas las comunidades Arquidiocesanas a utilizar estos esquemas y de esta manera unirse a la preparación para este gran encuentro Eucarístico.

Pre-Congreso Eucarístico Arquidiocesano Domingo, 14 de mayo de 2017

Monición ambiental

(La bienvenida y la toma de conciencia de que somos una sola familia, nos libra del sentimiento de soledad y de inseguridad de estos tiempos)

Saludo del celebrante

El Dios de la Vida que resucitó a su Hijo amado,
Y los escogió en una nación consagrada,
un sacerdocio real, y un pueblo adquirido
para alabar de Dios, Padre,
esté con todos ustedes.

Introducción por el Celebrante o por el Monitor

“¿A dónde vamos en la vida, o para qué vivimos?”, es la pregunta más importante que tenemos que formular a nuestra gente, a la Iglesia, unos a otros y a nosotros mismos.

Muchos no saben qué respuesta dar, y vagan esperando que nos acerquemos a ellos, sin saberlo. Nosotros mismos tenemos esta tentación, pero tenemos a Jesús que nos muestra el camino, que conduce a la Vida, hacia nuestros hermanos y hacia las gentes. Jesús es también nuestro compañero al caminar a partir de esta Eucaristía. ¡Qué triste es perder el camino; buscar a una persona amigable o a un grupo de amigos en quienes confiar; una

dirección que muchos no pueden encontrar! Y, más triste todavía: el saberse totalmente “perdido” cuando no se sabe dónde estamos en la vida, cuando todo parece confuso y muchas cosas pierden su valor.

Hoy Alguien -Jesús mismo- nos habla en el Evangelio, y nos dice: No sólo “les voy a mostrar el camino”, sino YO SOY EL CAMINO. Vengan conmigo, síganme, les voy a llevar a su meta en la vida. Les voy a llevar de manera segura al Padre y a lo más auténtico de ustedes mismos. ¡Vivan como yo he vivido que vivo para siempre!

Acto Penitencial

Aun cuando conocemos el camino hacia Dios con los hermanos, en cambio elegimos rumbos erróneos, hacemos malas elecciones. Pidamos ahora al Señor que nos perdone y nos corrija. (Pausa)

- Señor Jesús, nuestro camino, tú caminabas siempre con la gente:
llévanos contigo por ese camino.
R/ Señor, ten piedad de nosotros.
- Cristo Jesús, nuestro camino, tú caminaste por caminos de cruz:
danos el valor de seguirte por ese mismo camino.
R/ Cristo, ten piedad de nosotros.
- Señor Jesús, nuestro camino, tú eres nuestro camino hacia el Padre:
llévanos contigo por ese camino.
R/ Señor, ten piedad de nosotros.

Dios misericordioso; nos libre de los caminos tortuosos.
Y nos acompañe hacia la vida eterna. Amén

Canto del Gloria

Oración Colecta

Oremos al Padre de la vida (Pausa)

Señor nuestro, Dios de la vida y la paz:
Tú eres un Dios que camina con su pueblo;
le condujiste por medio del desierto a la libertad;
y nos enviaste a Jesús para que fuera nuestro camino,
la verdad y la vida;
sacia la sed de tu pueblo con el agua de vida,
aliméntanos para nuestro viaje cotidiano,
con el pan de vida, Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina, por los siglos de los siglos.

Liturgia de la Palabra

Primer Lectura (Hch 6,1-7)

La vida es un Misterio hecho Servicio. Cuando en la Iglesia naciente la comunidad cristiana pasó por las pruebas, resolvió sus dificultades de organización creando nuevos ministerios para asistir a los apóstoles y a los presbíteros.

Segunda Lectura (1 Pe 2,4-9)

Un Pueblo se forma al consagrarse. Cristo, es el único mediador y sumo sacerdote, nos ha hecho un

pueblo; cuya tarea es continuar la misión de Cristo, amando a los hermanos y alabando a Dios en nombre de todos. Entonces, varias iniciativas de caridad

Evangelio (Jn 14,1-12)

Cristo nos muestra al Padre y hace sus obras. Los que creen en Cristo pueden hacer lo que Cristo hizo, e ir a donde él les conduzca, ya que Él es para nosotros el Camino, la verdad y la vida.

Homilía

Jesús es el Camino, significa para nosotros que “Hacemos la Eucaristía en memoria de Cristo” y, caminamos como Pueblo de Dios orientado por el Papa Juan Pablo II, por ejemplo. Cuando él nos iba a visitar, y canonizar a nuestro S. Roque González, hemos tenido un “Congreso eucarístico”.

En continuidad con el domingo anterior, nos sentimos parte del rebaño que escucha la voz de Cristo, con la intención de reconocer al Buen Pastor, celebrar su misterio pascual y recordar nuestra alianza para siempre.

En efecto, con relación al día del Señor (*Dies domini*) nos decía el Papa, que recordemos un pasado cercano: “**la «santificación» del domingo** estaba favorecida, en los Países de tradición cristiana, por una amplia participación popular y casi por la organización misma de la sociedad civil, que preveía el descanso dominical como punto fijo en las normas sobre las diversas actividades laborales. Pero hoy, en los mismos Países en los que las leyes establecen el carácter festivo de este día, la evolución de las condiciones socioeconómicas a menudo ha terminado por modificar profundamente los comportamientos colectivos y por consiguiente la fisonomía del domingo. Se ha consolidado ampliamente la práctica del «fin de semana», entendido como tiempo semanal de reposo, vivido a veces lejos de la vivienda habitual, y caracterizado a menudo por la participación en actividades culturales, políticas y deportivas, cuyo desarrollo coincide en general precisamente con los días festivos. Se trata de un fenómeno social y cultural que tiene ciertamente elementos positivos en la medida en que puede contribuir al respeto de valores auténticos, al desarrollo humano y al progreso de la vida social en su conjunto.

Responde no sólo a la necesidad de descanso, sino también a la exigencia de «hacer fiesta», propia del ser humano. Por desgracia, cuando el domingo pierde el significado originario y se reduce a un puro «fin de semana», puede suceder que el hombre quede encerrado en un horizonte tan restringido que no le permite ya ver el «cielo». Luego, aunque vestido de fiesta, interiormente es incapaz de «hacer fiesta». (Encuentro mundial de las familias, con el Papa Benedicto XVI, en Milán, Italia, 2012).

Después, proseguía el Papa: “Actuando así nos situamos en la perenne tradición de la Iglesia, recordada firmemente por el Concilio Vaticano II (1962/65= 51 años) al enseñar que, en el domingo, «los fieles deben reunirse en asamblea a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, hagan memoria de la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios que los ha regenerado para una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (cf. 1 P 1,3)». En efecto, el deber de santificar el domingo, sobre todo con la participación en la Eucaristía y con un descanso lleno de alegría cristiana y de fraternidad”. El gran valor de nuestra costumbre cristiana, lo estamos perdiendo.

Alegría en la santificación

Por ello conviene recordar que la costumbre de “santificar el domingo” entró recién en el Derecho canónico del 1917, precisamente porque se veía venir esta problemática en la vida cristiana. Con razón entonces San Juan Pablo II titula el c. IV de su carta apostólica *Dies Domini* como día del hombre (*Dies hominis*), día de alegría, descanso y solidaridad.

La «alegría plena» de Cristo, o de su cuerpo, es muy celebrado por los cristianos: «Sea bendito Aquél que ha elevado el gran día del domingo por encima de todos los días. Los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres se entregan a la alegría». Es una exclamación de la liturgia maronita y representa muy bien las intensas aclamaciones de alegría que desde siempre, en la liturgia occidental y en la oriental, han caracterizado el domingo. Además, desde el punto de vista histórico, antes aún que día de descanso —más allá de lo no previsto entonces por el calendario civil— los cristianos vivieron el día semanal del Señor resucitado sobre todo como día de alegría. «El primer día de la semana, estaban todos alegres», se lee en la *Didascalia de los Apóstoles*. Esto era muy destacado en la práctica litúrgica, mediante la selección de gestos apropiados.

San Agustín, haciéndose intérprete de la extendida conciencia eclesial, pone de relieve el carácter gozoso de la Pascua semanal: «Se dejan de lado los ayunos y se ora estando de pie como signo de la resurrección; por esto además, en todos los domingos se canta el aleluya». Esto es lo mismo que expresa la Escritura: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20,20). Se cumplían para ellos, lo que después se realizarían para todas las generaciones: «Estarán tristes, pero su tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16,20). Es que, la alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. Rm 14,17; Gal 5, 22).

Aquí conviene recordar que los Documentos y los Testimonios del Papa Francisco son siempre de alegría: *evangelii gaudium*, *amoris laetitia*, y *laudato si*, por ejemplo. Así, la alegría no se debe confundir con sentimientos vanidosos de satisfacción o de placer, que ofuscan la sensibilidad y la afectividad por un momento, dejando luego el corazón en la insatisfacción y quizás en la amargura. Entendida cristianamente, es algo mucho más duradero y consolador. Conviene saber resistir incluso, como los santos en la noche oscura del dolor, ya que en cierto modo, es una «virtud» a cultivar, sabiendo que no hay oposición entre la alegría cristiana y las alegrías humanas verdaderas. Más aún, «la alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado», como enseñaba el Papa Pablo VI.

El domingo, día del Señor, es la perfección del sábado hebreo

La teología bíblica del «shabbat», día séptimo bendecido y consagrado por Dios, a la vez que concluye toda la obra de la creación, se une inmediatamente a la obra del sexto día, en el cual Dios hizo al hombre «a su imagen y semejanza» (cf. Gn 1,26). Esta relación más inmediata entre el «día de Dios» y el «día del hombre» no escapó a los Padres en su meditación sobre el relato bíblico de la creación. Decía Ambrosio: «Gracias pues a Dios Nuestro Señor que hizo una obra en la que pudiera encontrar descanso. Hizo el cielo, pero no leo que allí haya descansado; hizo las estrellas, la luna, el sol, y ni tan siquiera ahí leo que haya descansado en ellos. Leo, sin embargo, que hizo al hombre y que entonces descansó, teniendo en él uno al cual podía perdonar los pecados».

Desde entonces, el «día de Dios» tendrá así para siempre una relación directa con el «día del hombre». Cuando el mandamiento de Dios dice: «Acuérdate del día del sábado para santificarlo» (Ex 20,8). El descanso mandado para honrar el día dedicado a él no es, para el hombre, una imposición pesada, sino más bien una ayuda para que se dé cuenta de su dependencia del Creador. Es vital y liberador, y a la vez, la vocación a colaborar en su obra y acoger su gracia”.

Éxodo y pascua

El día del Señor se debe a que: “Cristo vino a realizar un nuevo «éxodo», a dar la libertad a los oprimidos. El obró muchas curaciones el día de sábado (cf. Mt 12,9-14 y paralelos), ciertamente no para violar el día del Señor, sino para realizar su pleno significado: «El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27). En efecto, la Pascua de Cristo ha liberado al hombre de una esclavitud mucho más radical de la que pesaba sobre un pueblo oprimido: la esclavitud del pecado, que aleja al hombre de Dios, lo aleja de sí mismo y de los demás, poniendo siempre en la historia nuevas semillas de maldad y de violencia.

Día del descanso

Durante algunos siglos los cristianos han vivido el domingo sólo como día del culto, sin poder relacionarlo con el significado específico del descanso sabático. Solamente en el siglo IV, la ley civil del Imperio Romano reconoció el ritmo semanal, disponiendo que en el «día del sol» los jueces, las poblaciones de las ciudades y las corporaciones de los diferentes oficios dejaran de trabajar. Los cristianos se alegraron de ver superados así los obstáculos que hasta entonces habían hecho heroica a veces la observancia del día del Señor. Ellos podían dedicarse ya a la oración en común sin impedimentos. Sería, pues, un error ver en la legislación respetuosa del ritmo semanal una simple circunstancia histórica sin valor para la Iglesia y que ella podría abandonar.

Los Concilios han mantenido, incluso después de la caída del Imperio, las disposiciones relativas al descanso festivo. En los Países donde los cristianos son un número reducido y donde los días festivos del calendario no se corresponden con el domingo, éste es siempre el día del Señor, el día en el que los fieles se reúnen para la asamblea eucarística.

Descanso y legislación

Esto, sin embargo, cuesta sacrificios no pequeños. Para los cristianos no es normal que el domingo, día de fiesta y de alegría, no sea también el día de descanso, y es ciertamente difícil para ellos «santificar» el domingo, no disponiendo de tiempo libre suficiente”.

Es preciso, pues, no perder de vista que, incluso en nuestros días, el trabajo es para muchos una dura servidumbre, ya sea por las miserables condiciones en que se realiza y por los horarios que impone, especialmente en las regiones más pobres del mundo, ya sea porque subsisten, en las mismas sociedades más desarrolladas económicamente, demasiados casos de injusticia y de abuso del hombre por parte del hombre mismo. Por ello el Papa León XIII en la Encíclica *Rerum novarum* presentaba el descanso festivo como un derecho del trabajador que el Estado debe garantizar.

En conclusión

El Día del Señor se identifica con el Día del hombre desde que Cristo hizo el sábado para el hombre y no el hombre para el sábado y, con su glorificación llevó a su plenitud toda la obra creadora y redentora; es decir, nos hace partícipes de su misma gloria. Guardar el sábado constituye una ley del Señor para descansar, alegrarse y trabajar por la solidaridad, que haga de las condiciones de vida humana un signo real de la vida eterna o más allá de la enfermedad, de los males y de la misma muerte.

La Virgen María, sobre todo en su condición de Asunta al Cielo nos hace también presente este misterio. Con razón el mismo San Juan Pablo II nos recordó que hemos de vivir con la esperanza de quien “ya ha culminado un camino terrestre, que a nosotros nos corresponde transitar”. Así como ella llegó a la meta, se nos propone vivir según las exigencias del amor o solidaridad como testimonio creíble para muchos que viven desesperados o violentados como si no existiera una vida mejor y más plena.

Oración de los Fieles

Por medio de Jesús, nuestro camino hacia el Padre, presentemos a Dios las necesidades de la Iglesia y del mundo, y digamos:

R/ Señor, muéstranos el camino.

- Señor Jesús, enséñanos a nosotros y a todos tu camino, para que estemos seguros de a dónde nos encaminamos, y hagamos siempre lo noble, recto y bueno, R/

R/ Señor, muéstranos el camino.

- Señor Jesús, haz suave nuestro camino hacia la vida eterna, que desde la tierra haya justicia, compasión, bondad, y armonía para todos, R/

R/ Señor, muéstranos el camino.

- Señor Jesús, haz que todos encuentren el camino hacia la vida y al corazón de los otros, para que no permanezcamos por más tiempo extraños y desentendidos los unos de los otros, R/

R/ Señor, muéstranos el camino.

- Señor Jesús, haz que descubramos también la verdad y la vida a quienes no tienen nuestras oportunidades, los más pobres y enfermos, para que muchos te conozcan realmente, R/

R/ Señor, muéstranos el camino.

- Señor Jesús, haz que sepamos caminar con los jóvenes por senderos más seguros y que nos acerquen unos a otros como hermanos, R/

R/ Señor, muéstranos el camino.

- Por el Congreso Eucarístico Arquidiocesano, para que sea un momento para reconocer y proclamar a Nuestro Señor Jesucristo, vivo y presente en la Eucaristía, roguemos al Señor:

R/ Señor, muéstranos el camino.

Señor Jesús, nos confiamos totalmente a ti, porque estamos seguros de que tú nos llevarás a la casa del Padre, porque eres nuestro hermano y amigo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén

Oración sobre las Ofrendas

Señor, Dios y Padre nuestro:
Tu Hijo Jesucristo nos mostró
lo que significa ser para nosotros
el camino, la verdad y la vida,
en la dimensión de la cruz;

y está aquí en la eucaristía con nosotros.
Concédenos la gracia de compartir
nuestro tiempo, compasión, y servicio,
como lo hizo Jesús, Hijo tuyo y Señor nuestro,
por los siglos de los siglos. Amén

Introducción a la Plegaria Eucarística

Por medio de Cristo vamos al Padre, y con él ofrecemos este sacrificio de alabanza.
Él nos hizo un pueblo elegido para dar gracias al Padre en nombre de todo el mundo.

Introducción al Padrenuestro

“Nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí”, dijo Jesús. Acerquémonos, pues, al Padre con nuestra oración, y los sentimientos y las palabras del mismo Jesús. Padre nuestro...

Invitación a la Comunión

Éste es Jesucristo, el Señor: “el camino, la verdad y la vida; el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos nosotros de recibirle como invitados y en camino hacia el Padre. R/ Señor, no soy digno...

Oración después de la Comunión

Oh Dios y Padre nuestro:
Tu Hijo Jesucristo dijo:
“Quien me ve a mí, ve a mi Padre”.
Que los hermanos que viven con nosotros
vean a tu Hijo y también a ti, Padre del cielo,
Que quienes nos vean a nosotros,
en camino de esperanza, justicia y amor,
tengan esperanza y vida, por medio de Él,
que vive y reina, por los siglos de los siglos.
Amén.

Bendición

Hermanos: En esta celebración eucarística hemos participado como pueblo santo, nación consagrada de Dios.

En unión con la Iglesia universal y en nombre de todos los hombres, hemos ofrecido a nuestro Padre del cielo el sacrificio de su Hijo Jesucristo.

Regresamos a nuestros hogares, pero la Misa continúa con el compromiso de seguir ofreciéndola en la vida de cada día, para que el camino a Dios sea más creíble y transitado por las gentes.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo descienda sobre ustedes
y sus familiares, y los acompañe siempre. Amén

Para que la participación en la Eucaristía mejore el gusto por celebrar y vivir de la
Misa

- 1.- Qué significa para nosotros que Jesús sea el Camino, la Verdad y la Vida?
- 2.- Cómo podemos lograr que el descanso dominical sea un día que edifique a la familia y a la comunidad parroquial?
- 3.- Cuáles son los obstáculos para una mayor participación de las gentes, y qué podemos hacer para ayudar a superarlos?